



Charles Oppenheim (Don Pasquale) y Josué Cerón (Dr. Malatesta)

Don Pasquale en Mérida

De Sonora a Yucatán... Ahora sí que hay de candores a candores. Han de saber que la semana pasada viajé por primera vez a Sonora para asistir a la velada inaugural del Festival Alfonso Ortiz Tirado, modestamente originado en Álamos —cuna del célebre doctor y “Embajador lírico de la canción mexicana”— y que, 26 años después, florece por casi todo el estado, y nos sorprende al presentar, por primera vez, una programación internacional que propicia la visita a tan bello “pueblo mágico”.

Impactado, pude refrendar que a su edad y con unos 40 kilos de menos, Jessye Norman (1945) sigue siendo “La Norman”, y constaté el azoro de los lugareños ante la cantidad de peregrinos que atrajo “una mujer de color” de la que ahí pocos habían oído hablar. A la par de algunos spirituals, Bernstein, Rodgers, Gershwin y Ellington, figuraron en el inteligente programa que, acompañada al piano por Mark Markham, presentó la mítica soprano en el Palacio Municipal de Álamos el jueves 21. Tras escucharla en plena forma abordar esta selección, acorde a su capacidad vocal actual,

trascendió que si concluyen a tiempo las obras del Blanquito, la tendremos por aquí antes de que acabe el año. Ojalá así sea, ya que si aún sin abrir la boca, su sola presencia es toda una masterclass; es imposible no emocionarse ante una artista como ella, que detona la más extensa sobreadjetivación: espléndida, seductora, cautivante y, sobre todo, conmovedora.

Al día siguiente volé a Mérida para presenciar en el Teatro Peón Contreras el Don Pasquale que viéramos el verano pasado en la Covarrubias, y, cuando me preguntaron a qué había ido a Álamos, no faltó quien con ese delicioso acento yucateco, remedara la antigua publicidad de los sombreros Tardán e, ingenioso, me dijera “Mare, de Sonora a Yucatán, ¡y de la Norman a Oppenjáim!” (sic).

Gracias al trabajo serio y acucioso de su titular, Juan Carlos Lomónaco, la Orquesta Sinfónica de Yucatán ha recuperado el brillo y el nivel que perdiera durante el interregno suscitado cuando la “gober” entrante evidenció su poco interés por esta orquesta, de la

que bien que se ha servido para todos los negocitos que le ha organizado Jorge Esma Bazán en Chichén Itzá y de los cuales siguen sin rendir cuentas.

Desde un palco, Consuelo Sáizar disfrutó esta puesta para la que el Conaculta apoyó a Pro Ópera y, unánimemente, la prensa local aclamó este montaje que, aún con las variantes propias de una reposición, ha madurado, y con el cual han crecido cuantos permanecen del elenco original.

En su crónica para el Diario de Yucatán, mi maestro, don Jorge H. Álvarez Rendón, alabó desde la benévola y eficaz labor de Rodrigo Macías, como director huésped, hasta el “encomiable esfuerzo” de José Antonio Morales y Rosa Blanes por “rejuvenecer el trabajo actoral de sus cantores, así como muy ingeniosa la tendencia estilizante y de corte contemporáneo” de esta “versión actualizada, ligera de aparato, sin muchos trapos, para capturar a los jóvenes, señores y amos del mercado”.

Para el elenco derrochó elogios: justipreció a Josué Cerón (Malatesta) como el epicentro de esta farsa en que junto al claro fraseo de Víctor Hernández (Ernesto) y una Verónica Lelo de Larrea que fue

“el anverso y el reverso de la inocencia en ese personaje inolvidable” (Norina), el Don Pasquale de Charles Oppenheim se ganó “por goteo nuestros corazones”.

Súmese a ello la entrega del espléndido coro local, dirigido por Eugenia Guerrero, y verán por qué hasta Víctor Salas señaló “las enormes posibilidades contenidas en la sobriedad o la elegancia casi esquemática y en el eficaz resultado del buen gusto”, para sorpresa de cuantos ya le tienen bien fichado por sus comentarios “envidiosos y emboscados”.

Desgraciadamente, lo prometido no siempre se cumple: mis anhelos de volver a mi Campechito retrechero para presenciar un espectáculo lírico comme il faut -y no numeritos populacheros como Il Divo o Bocelli que tanto costaran a la administración pasada- se esfumaron al cancelarse la función propuesta para el Teatro Toro. Al parecer, “no les alcanzó su justán” tras pagar los 18 millones de pesos que costó una pista de hielo que pocos disfrutaron, pues ¡oh candor!, no se permitía usar patines de rueditas... ◦

por Lázaro Azar



Víctor Hernández (Ernesto) y Verónica Lelo de Larrea (Norina)